

bastarán para explicar el carácter, la naturaleza y la esencia de la verdad religiosa.

Lo que sorprende desde luego en ella, es: una elevacion, una sublimidad que la razon humana, reducida á sus propias fuerzas, no puede nunca alcanzar. Es evidente; estas creencias no son, no pueden ser un producto, una creacion de la tierra. El mundo y la naturaleza guardan profundo silencio respecto á ellas, y la razon no posee la clave de sus misterios; los instrumentos necesarios para sondear tales profundidades, ó elevarse á sus alturas infinitas, le faltan en absoluto. Abandonada á sí misma para profundizarlas, para explicarlas, la razon humana se turba, titubea, y concluye por sufrir su humillante derrota, en un silencio que encubre apenas esta confesion: NADA SÉ. Vencida en este impropio trabajo, la razon se ve obligada á reconocer que las verdades le llegan de un mundo superior, de una fuerza que no es la nuestra, de un imperio que domina el imperio de los hombres. Es de allí, de esa altura misteriosa, de donde la revelacion y el conocimiento de los sagrados misterios le han llegado: es de la viva eternidad, de donde Dios ha hecho brotar la luz, que no ha cesado, desde entónces, de alumbrar la razon y la conciencia. Y notad esto, que el hecho de la revelacion primitiva, no altera en nada las prerogativas de la razon, ni las incomparables facultades de la inteligencia, no: Dios no ha olvidado en el hombre los dones que su mano creadora habia tan liberalmente depositado en él; pero la razon, ese rayo del alma, necesitaba para distinguir los objetos, que, le llegara una luz fecunda de los esplendores del Sol de justicia y de verdad. Entónces, hermanos míos, la razon, presa de un santo éxtasis á la vista de las magnificencias de la verdad divina, empezó por un conmovedor preludeo que embelleció la deliciosa morada del Eden, ese concierto de fe y de amor, que ha continuado á través de los tiempos. Ella unió la revelacion á las facultades del espíritu humano con misteriosos vínculos, sintiendo una ventura extraordinaria al ver que la posesion de la verdad, fortificaba sus propios principios, aumentaba las armonías de la bella y generosa naturaleza. Esta alianza de la revelacion con la razon, esta union sagrada de la verdad divina con el hombre, es la que ha producido en el curso de las edades la noble marcha de los pueblos hácia el bien, la poderosa aspiracion de los corazones hácia la belleza infinita, el valor sobrenatural de los mártires en frente de la hoguera, sobre la arena ensangrentada de los circos, en el momento, mil veces bendecido, de derramar su sangre, de dar su vida, con el triple carácter de sacerdotes, apóstoles y hostias radiantes de la fe en la revelacion.

Al contrario, la separacion de Dios revelador y el hombre sublevado contra él, la lucha impía, parricida, entre los poderes divino y humano, ha producido en el seno de las sociedades las aberraciones más vergonzosas de la razon humana; ha sido el origen funesto de desórdenes, de pasiones, de guerras fratricidas que han manchado y profanado el mundo, teniendo, durante largos siglos, agitada sobre su cabeza la tea ardiente de las revoluciones. Por esto decia Malebranche, á la vista de las desgracias con que la razon separada de la fe, amenazaba constantemente la seguridad de los pueblos: *Si para guiarme, no tengo delante de mí la antorcha de la revelacion, no me atrevo á avanzar en mi camino por el temor de precipitarme en los abismos.*

Los hechos y los acontecimientos de la historia, vienen á confirmar estas deducciones. Hé aquí lo que nos enseñan los anales de la humanidad. Cuando los pueblos se hallaban en su cuna, en el origen del mundo, en los tiempos próximos á la creacion, la religion se deja ver con su orden supremo, su noble sencillez y su incomparable pureza. Solo más tarde, con lentitud y de una manera visiblemente graduada, fué cuando las pasiones del hombre, la debilidad de su espíritu y los desfallecimientos de su corazon, alteraron desde luego y despues reemplazaron sacrilegamente las verdades y creencias primitivas, por las obscenas doctrinas de la idolatría, y las ceremonias vergonzosas de la supersticion. Todas las artes estaban todavia en su infancia, el progreso se anunciaba apenas en la via de la civilizacion, los pueblos parecian hallarse aún en su punto de partida, y ya el espíritu humano se mostraba acostumbrado á seguir con sublime vuelo la ley divina, que, sobre sus alas, arrastraba las almas hácia las alturas celestiales. Como el águila fija su poderosa pupila sobre el disco ardiente del sol sin ser ofuscada, así el espíritu humano contemplaba sin fatiga, en una inmutable serenidad, las radiantes verdades de un Dios revelador. Los labios del hombre, no acostumbrados aún á las delicadezas ni á los recursos de la oratoria, encontraban para expresar su fe y su adoracion, frases que respondian á los grandes pensamientos de su alma, y creaban palabras dignas de ser repetidas por los ángeles en los cielos. Si se rechaza el hecho de la revelacion, si no se admite la intervencion divina en el conocimiento de la religion, ésta, la más elevada de todas las ciencias, cuyo estudio exige todas las facultades reunidas de la inteligencia, que excede en perfeccion y grandeza á cuánto las otras han producido de más imponente y magnífico; esta religion, repito, no debiera haberse mostrado la primera; y en lugar de preceder al progreso, hubiera

debido seguirle. Vosotros mismos hubierais podido reconocer su infancia, su desenvolvimiento, su perfeccion. Tal hubiera sido su marcha lógica, fatal. Pues bien, no! Ella abre la espaciosa carrera del progreso en las letras, en las artes y en las ciencias. Este no se produce todavía, y ella brilla ya con resplandeciente luz; ella, por su divina influencia, dirige los inseguros pasos de la humanidad por el desconocido camino de la gloria y del poderío. En una palabra, el mundo se halla todavía embarazado con sus lenguas, y ya la revelacion proyecta sobre él sus vivos fulgores, y dibuja sobre su frente una auréola luminosa, que aclama y publica su celestial origen.

En fin, para concluir con la demostracion de la necesidad de la revelacion, me creo afortunado al invocar el testimonio respetable de los más sublimes génios, de las más grandes almas de la antigüedad; Sócrates, Platon, Pitágoras, Aristóteles, y más tarde su elocuente sucesor, el inmortal Ciceron. Todos ellos, no ménos que nuestros Ambrosios, Agustines y Jerónimos, han invocado la tradicion, han emprendido con ardor la ruda tarea de reanudar los hilos interrumpidos, y han cifrado su gloria en renovar la enseñanza primitiva de las creencias religiosas.

Tales son, hermanos míos, los motivos sérios, las razones poderosas que me permiten afirmar, sin temor de engañarme, que la revelacion sobrenatural de las verdades religiosas ha sido necesaria. Añado, que esta revelacion se ha verificado.

2. Nada más fácil, hermanos míos, que probar el hecho y el cumplimiento público, universal, de la revelacion. Desde luego, entre los libros históricos y sagrados, tomo el más antiguo, el más auténtico, el más reconocido por la ciencia: tomo el libro de Moisés, la santa Biblia, y hé aquí lo que nos dice, respecto á la revelacion.

Dios, en el Paraíso, reveló por la primera vez á la razon humana, en la persona de Adan, su criatura y nuestro primer padre, el conocimiento de los misterios divinos. Más tarde, en el momento doloroso de la caída, su bondad paternal suavizó la severidad de la justicia; y la revelacion de los misterios reparadores de la Encarnacion y de la Redencion templó en la familia culpable la grandeza del castigo.

El precioso depósito de la revelacion y de la fe se transmitió escrupulosamente de mano en mano por las primeras familias salidas de Adan y Eva; y esta tradicion daba, á los tristes desterrados del Paraíso terrenal, una fuerza y un valor dignos de la victoria y del premio, para soportar las pruebas amargas y sangrientas de la expiacion.

Pero, bien pronto, ¡ay! las pasiones oscurecieron estas relaciones puras y santas de la verdadera fe. *Toda carne corrompió sus caminos*; y para salvar la revelacion amenazada en su primitiva integridad, Dios sepultó bajo las aguas del diluvio aquellas razas culpables y perversas. Solo Noé y su familia fueron exceptuados del azote vengador. Para recompensarle de haber conservado intacto y respetado el depósito de la tradicion religiosa, el Señor le reservó el sublime honor de reanudar sobre la tierra la cadena de las generaciones humanas y dirigirlas en su marcha, alumbrándolas con la viva antorcha de la revelacion y de la verdad.

Todos conoceis, hermanos míos, el orgullo y la audacia impía que elevaron la torre de Babel; todos sabeis igualmente, el castigo que siguió á esta presuncion herida de una fatal impotencia. Al dispersarse, se debilitaron en las familias los vínculos religiosos y morales que hasta allí las habian preservado de funestas relajaciones. La idolatría y el politeísmo no tardaron en señalar esta pronta y lamentable decadencia de la fe y de las costumbres. Bien pronto el mundo pareció precipitarse sin freno hácia los crímenes y desórdenes que ya, con el diluvio, habian provocado los efectos terribles de la cólera y de la justicia divinas.

En esta segunda y tan dolorosa época de nuestra historia, Dios, compadecido sin duda de la debilidad de los hombres, contuvo su brazo extendido para el castigo: queriendo hacer brillar las maravillas de su Providencia, aún en medio de los errores que se esforzaban por desconocerla; confió á un pueblo creado, adoptado por él, la mision santa de guardar el depósito de la revelacion. *Este pueblo escogido* le conocerá, le adorará, bajo el nombre significativo de Dios de Abraan, de Isaac y de Jacob. Los hombres *de su diestra*: Moisés, Samuel, David, Elías, Isaías, Jeremías, Daniel, Ezequiel y tantos otros profetas, no cesarán de repetir los sagrados oráculos, de hacer vibrar en los aires los divinos acentos de la revelacion, y de confiar los dogmas, la moral y el culto, al alma, á la memoria, y al corazon del pueblo entero.

Esta mision sobrenatural del pueblo judío, vino á ser la causa, la razon de los grandes acontecimientos que agitaron y trasformaron el mundo. Si; para salvar la tradicion, el mismo Dios condujo á los reyes y á los pueblos, los coronó de gloria, ó los hirió de humillacion, segun su fidelidad ó su negligencia en guardar el sagrado depósito. A este depósito santísimo de la revelacion es preciso referir la gloria y la decadencia de los imperios, la fuerza y la muerte de los conquistadores; porque Dios, al crear al hombre, quiso que éste

pudiera siempre conocerle, adorarle, servirle, y hacerse digno de entrar en el reino eterno. Oid á Daniel, á ese confidente de los pensamientos divinos, cuando asigna á las cuatro grandes monarquías el papel que la Providencia les ha preparado de antemano sobre la escena del mundo, para salvar, guiar y hacer triunfar el reinado de la revelacion.

Israel fué ingrato; olvidó los beneficios recibidos de Dios; y tráfuga de su fe, prostituyó ante los altares de los ídolos el incienso y las oraciones que solo Dios debia de recibir y escuchar. Entónces el Señor le castigó, entregándole en las manos victoriosas de los reyes de Asiria. Este imperio asirio fué verdaderamente el azote, el látigo de su cólera. Durante su larga cautividad, Dios hace llegar al alma y al corazon de Israel arrepentido, los remordimientos y el deseo del perdon. Cuando los asirios, excediendo los designios misteriosos de la Providencia, para ellos desconocidos, se preparaban á exterminar la raza de Israel y ahogar en su sangre la familia real de Judá, entónces Ciro, á quien Dios habia nombrado en los oráculos de Isaias, doscientos años ántes de su nacimiento, se presenta al frente de los Medos y los Persas, se apodera de Babilonia, liberta al pueblo elegido, mostrándole el abierto camino de Jerusalem, y comienza para él una nueva éra, que sus sucesores se encargaron de embellecer aún más.

El templo es levantado sobre sus ruinas, y los cánticos de la tradicion resuenan bajo sus bóvedas. Pero esta lengua, que repite con transporte los misterios revelados por Dios, no tiene de su parte el imperio del mundo: es la lengua de un pueblo desconocido, encerrado en estrechos límites, sin brillo, sin prestigio sobre la tierra. Para la predicacion de la verdad eterna, se necesitaba una voz sin igual entre los hombres: Alejandro va á preparar ese gran designio de Dios. Al frente de sus falanges macedonias, en pocos años, sujetó á su carro victorioso los pueblos y las naciones vencidas; el mundo no tiene voces para celebrar tantas y tan sorprendentes victorias. Bien pronto Alejandro fué á descansar en la tumba de sus padres, y uno de sus sucesores, Ptolomeo-Filadelfo, hizo traducir en la armoniosa lengua de la Grecia los Libros santos, sirviendo así de instrumento á la Providencia, diseminando en el mundo civilizado la version de los

SETENTA.

Entre tanto, bajo el reinado de Antíoco, cuando ya no resonaba la poderosa voz de los profetas, Dios hizo brillar grandes virtudes y heroicos caractéres, como Eleazar, mártir de la ley de Dios; la madre de los Macabeos y sus ilustres hijos, dignos precursores de los gene-

rosos atletas del Evangelio; Matatias, secundado por Judas y sus hermanos, últimos héroes de la fuerte raza de los Hebreos; tales son los últimos vengadores de la revelacion, cuya gloriosa muerte parece llamar, en fin, á Aquél que solo en adelante, puede salvar las naciones.

En efecto, el momento se aproxima. La lengua griega, cuya armoniosa abundancia ha vulgarizado las verdades divinas, no es ya hablada por un pueblo fuerte. La primera, siempre la primera en las letras y en las artes, la Grecia siente el poder del mundo escapar de sus débiles manos, y trasportarse la dominacion á Roma.

Pero ¿qué pasa en Judea? Pompeyo, despues de su victoria sobre Mitridates, rey del Ponto, y sobre Tigran, rey de Armenia, se dirige á Jerusalem. Antonio, que viene despues de él, apoya cerca de Augusto el reinado extranjero de Herodes; y en el momento que el centro sale de la casa de Judá para pasar á las manos tan largo tiempo predichas, en Belen, el Verbo eterno se hace carne, y va á confiar al pueblo rey sus doctrinas, su fé y sus misterios.

Hé aquí por qué medios maravillosos la divina Providencia llevó el imperio romano, tan vasto como el mundo, á trasformarse en misionero de la revelacion.

Nuestro Señor Jesucristo, despues de haber confirmado la divinidad de la doctrina de la revelacion, con la prueba irrecusable del milagro, escogió doce pescadores que encontró en las playas del lago de Genezaret, y les encargó que predicaran por el mundo la feliz nueva de su Evangelio. Como instrumentos para ello, les dió su palabra y su voz; como modelo, su vida y su muerte.

Id, santos apóstoles de Cristo, repartíos la tierra, ella os pertenece; el mundo será en adelante la conquista, no de la fuerza y de la victoria, sino del amor y la verdad. A este doble título se puede ya ver y saludar á los pacíficos dominadores de las almas y de los corazonces.

No espereis, hermanos míos, una larga relacion de esta historia maravillosa de diez y ocho siglos de gloria, de ciencias y de virtudes del cristianismo; nó, el tiempo no me lo permite; me limitaré á trazaros á grandes rasgos la admirable aparicion de la verdad revelada, en los tres grandes periodos de que consta la vida y la duracion de la Iglesia.

Todos los apóstoles derramaron con generosidad, al mismo tiempo que su sangre, la vida y la gracia de la verdad; pero, sobre todo, Pablo y Juan, lucharon contra las sectas, encarnizadas en ahogar en su cuna la Iglesia naciente. Pablo, prodigio de elocuencia, de valor, de

heroísmo; grande en las cárceles, sublime en frente de la muerte, merece el sobrenombre de *gran Apóstol*. En todas las capitales se oyen los ecos formidables de su voz; todos los caminos conservan la huella profunda, indeleble de sus pasos. Roma, que por mano del verdugo ha vertido su sangre, inscribirá su nombre en la lista inmortal de sus más ilustres hijos. Juan, el discípulo virgen, el predicador de la gracia y del amor, el fiel protector de la ancianidad de María, alumbra las almas, seduce los corazones por la dulzura de su voz, la unción de su palabra y la ternura ardiente de su caridad.

Luego, en tanto que sobre la arena de los circos, las fieras, con aplauso de los espectadores, rugen al rededor de los mártires; en tanto que las llamas de la pira se aprestan; en tanto que en los jardines de Neron, los cristianos, sirviendo de antorchas, vivientes, saludan con el *Credo* las últimas horas del politeísmo espirante, los apolo-gistas preludian con sus escritos esta muerte tan envidiada del mártir, y sus hojas son diseminadas en el imperio por el soplo de Dios mismo. Justino hace reflexionar á Antonio el Piadoso y á Marco Aurelio: contra Celso, el Espíritu divino inspira á Clemente de Alejandría y á Orígenes; y en Occidente, San Cipriano de Cartago se eleva al mismo nivel glorioso por su ciencia y su virtud.

Apareced, sucesores del gran Constantino; acudid, géneos omnipotentes de las nuevas herejías, Juliano, Jamblico, Proclo, Libanio, venid, y atacad al Cristo! El Cristo os espera; Él tiene sus reservas, y hace sucesivamente escribir y hablar á Lactancio, el Ciceron cristiano; á Atanasio, luz de Nicea, vencedor de Arrio; á Agustín en Hipona, cuyo géneo aniquila á Pelagio; á Ambrosio en Milán; á Jerónimo en las grutas de Belen; á S. Juan Crisóstomo en Constantinopla; en Roma, á S. Leon el Grande, cuyo brazo, como un fuerte dique, contuvo las hordas de los bárbaros; á S. Cirilo de Alejandría, que arrancó la máscara á Nestorio; y, por fin, en el momento en que Mahoma vá á parecer, Dios suscita, como para recoger el fruto de esta herencia de gloria, de géneo, de ciencia, de sangre y de lágrimas, al sumo Pontífice S. Gregorio el Grande, que parece reasumir en su magestuosa figura todos los grandes hombres que le precedieron.

Entretanto, la luz de la revelacion, que en los primeros siglos ha iluminado el mundo antiguo, vá, en el segundo periodo, á difundirse en las regiones ocupadas por pueblos desconocidos.

Bonifacio será el Pablo de las naciones germánicas. El grande imperio de Carlomagno favorece y secunda esta fuerza creciente de la revelacion cristiana: muerto el emperador, la Iglesia griega, arras-

trada por Focio, consuma su separacion lamentable del centro de unidad: Pero Dios, que vela sobre su Iglesia, repara esta pérdida dolorosa por la conquista de nuevos pueblos. Cuando Alfredo el Grande hace brillar con vivos fulgores la cruz en Inglaterra, S. Silvestre, de gloriosa memoria, lanza el primer grito que ha de reunir á los cruzados. Entónces, la revelacion es llevada á Dinamarca por Canuto el Grande; á Noruega, por Olaw el Gordo, y á Rusia, por el ilustre Wladimiro. Los sínodos episcopales responden con un lenguaje de paz, felizmente escuchado, á los sangrientos usos del régimen feudal. Gregorio VII domina con su géneo y su gran carácter esta bestia indomable. Despues, durante dos siglos de gloria, de luz y de heroísmo, la revelacion cristiana es llevada en triunfo, cantada con amor sobre la tierra, del uno al otro polo. Miétras que Felipe Augusto, Ricardo Corazon de Leon, Godofredo, Tancredo y S. Luis, arrastran el Occidente y van á hacer resonar los campos del Asia con sus sagrados cánticos; yo admiro ¡oh Dios mio! vuestra santa verdad defendida y predicada por S. Anselmo y Tomás Becket en Inglaterra, y por el ilustre abad de Clairvaux, S. Bernardo, en Francia. Despues, al pié del trono pontificio en que se sienta el inmortal Inocente III, aplaudo á los peregrinos que Dios le envía; un S. Francisco de Asis, que contará entre sus hijos á S. Buenaventura; y un santo Domingo, que unirá á las glorias de su Orden, la de poseer uno de los más grandes géneos del Cristianismo, santo Tomás de Aquino.

¡Ay! dias de triste duelo han seguido á estos brillantes siglos de fe en Europa. La religion llorará amargamente las discordias de Bonifacio VIII y de Felipe el Hermoso. Roma, viuda de sus pontífices, envidiará á las murallas de Aviñon el honor de proteger al vicario de Jesucristo. Constantinopla, en fin, para expiar sus felonías y sus cobardías, será presa de los hijos de Mahoma.

¿No parece, hermanos míos, que en adelante, la civilizacion no tendrá ya el privilegio de alumbrar, de dar calor al mundo? ¿No parece que el tercer periodo que se abre, despues de tantos desastres, será la época de una fatal decadencia? ¿No parece, en fin, para siempre extinguida y muda en su tumba la grande y fuerte raza de los mártires, de los doctores y de los confesores de la fe? Tal es, al ménos, el aspecto bajo que se nos presenta esta edad del mundo; el siglo xvii aparece como ahogado entre la cólera de Lutero y los sarcasmos de Voltaire; y el hombre, inquieto bajo la influencia del primero, presa de la duda bajo la del segundo, se pregunta angustiado: ¿dónde están los amigos de Dios, los discípulos de Cristo, los heraldos de la verdad?

Pues bien, contra Lutero, Calvino, Enrique VIII y sus sucesores, Dios suscita grandes y verdaderos reformadores: S. Francisco Javier y S. Francisco Solano en las Indias; Sta. Teresa y S. Juan de la Cruz en España; S. Francisco de Sales en Ginebra, y S. Pio V en Roma; hé ahí los auxiliares, los ministros de la verdad. Despues, el santo concilio de Trento anuncia al mundo cristiano las nuevas leyes de la verdadera, de la santa reforma.

Pero, ¡ Dios mio! al tratar de la trasmision de la revelacion en el mundo, he olvidado los pacíficos pueblos de la Tebaida; la Europa, cubriéndose de magníficas catedrales; Rafael y Miguel Angel, empleando sus inmortales pinceles en las obras maestras de arte, que nunca serán sobrepujadas. ¡ La revelacion! ¡ Oh! Vedla en el campo de batalla, desde el mártir de la heróica legion tebana, hasta nuestras guarniciones de Africa, fieles á la fe de sus madres y de sus sacerdotes. ¡ La revelacion! Más de una vez ella ha dictado á la justicia sus decretos, aconsejado á los príncipes la clemencia, y repartido sus gracias invisibles sobre todos los sentimientos de amor y caridad. ¡ La revelacion! Ella es aún en nuestros dias el alma del mundo, la vida de los pueblos, la esperanza de los débiles, el freno de los fuertes y la garantía séria del porvenir.

¡ Y preguntais si el hecho de la revelacion se ha verificado! Ciegos, el sol os ofusea y mendigais la luz. ¿ Es que no veis lo que buscáis? Ella os rodea como el aire que respirais: os acompaña sobre el regazo de vuestras madres, os sonrie en los lábios de vuestra hermana, os acaricia con el casto amor de vuestra esposa, y se os aparece inefable de gracia y de belleza bajo los encantos de vuestra hija. Jamás os ha abandonado; ella es vuestra inseparable compañera; ha estado fiel á vuestro lado en los bancos de la escuela, en el santuario de la ciencia, en el foro, en el ejército, en los negocios. En verdad, que desde la cuna y el bautismo de la infancia, hasta la muerte y la tumba en la senectud, ni un solo dia habreis dejado de oír un acento, un eco de la revelacion, y, sin embargo, preguntais: ¿cuándo vendrá su cumplimiento? ¡ Su cumplimiento! Pero vosotros mismos, sin saberlo, quizás, sois sus maravillosos instrumentos, y preparais laboriosamente su camino. En alas del vapor, franqueais los mares desconocidos á los antiguos, viendo á vuestro lado, sobre el puente del navío, la revelacion personificada bajo la figura de un religioso, de un misionero. Marchando en línea recta, perforais las montañas, aplanais las colinas y colmais los valles para extender por todas partes vuestras líneas férreas, y bien pronto, por los esfuerzos gigantes de la industria, abarcareis en un solo é inmenso abrazo, el mundo

entero. Pues bien; la revelacion os seguirá en vuestra audáz carrera, se entregará como vosotros á la fuerza ciega de esos corceles inflamados, y aún más léjos que vosotros, llevará el tesoro de sus gracias, de sus misterios y de sus virtudes.

¡ Y qué! esta obra maravillosa y secular de la revelacion ¿ podria todavía inquietaros, y ser causa de espanto para vosotros, hijos del siglo XIX? ¿ Importunará vuestras pasiones, humillará vuestro orgullo? ¡ Ah! cristianos, nobles hijos de Jesucristo, oíd la voz de vuestro Salvador! De esas pasiones, y de ese orgullo, Dios os pide hoy el generoso sacrificio: sabed inmolarlas á su gloria y á su amor. En adelante, en lugar de huir de las luces victoriosas de la revelacion, ambicionad la gloria de ser para vuestros hijos y vuestros hermanos, sus sacerdotes y sus pontífices sobre la tierra, puesto que debeis ser un dia sus gloriosos herederos en el cielo. Amen.

VERDAD.

(PÉRDIDA DE LA)

Superbus est, nihil sciens, sed languen.
Es un soberbio orgulloso, que nada sabe,
antes bien enloquece.

(1.ª TIMOTH. VI, 4.)

Hermanos míos: hay tres heraldos que están encargados de anunciarnos de hora en hora la realidad de nuestra nada: el primero es la enfermedad; el segundo la muerte; el tercero la locura. Coloco la locura detrás de los otros dos, porque los primeros atacan solamente nuestra naturaleza inferior, nuestra materia, miéntras la tercera ataca nuestro sér superior, ó cuanto hace realmente de nosotros unos séres dignos de envidia y de gloria.

El hombre, lanzado en medio de esa naturaleza sin límites, sujeto á una ley fatal de su propio espíritu, sabe leerla y comprenderla: él vió en el cielo moverse algunos globos y cumplir ciertos movimientos; entónces, aunque estuviesen colocados á incalculables profundi-